



TENGO

Federico Fuertes Guzmán

TENGO UNA IDEA. Moisés, durante el tiempo que duró el periplo entre las abiertas aguas del mar Rojo tuvo que sufrir de gran angustia. Hacia adelante, a sólo unos pasos, quedaba la orilla opuesta y prometida. A ambos lados, dos paredes de agua limitando encabritadas el paso de sus gentes. Y a la trasera, montados en la endiablada velocidad de sus carros, los acólitos del faraón, dispuestos a honrar el prestigio de sus látigos, siquiera una última vez. Moisés tendría con seguridad unos instantes de descreimiento religioso, y la historia bíblica no nos aclara si fue él quien pasó primero a la cabeza de su pueblo, o lo hizo al final, o fue y vino, fue y vino a todo lo largo de las filas de agradecidos judíos que festejarían, crédulos ya, la sumisión del mar, su dócil agrietamiento.

TENGO UN RECUERDO. Hay muchos niños jugando un partido de fútbol, cincuenta o sesenta. Yo soy uno de ellos. El campo es muy pequeño y en la escasa media hora de recreo nada más se puede aspirar a darle a la pelota una o dos veces. Tal vez ninguna. Pero de pronto se queda parada delante mía. La miro. Miro después hacia adelante y veo dos grupos de niños separados por una línea perfecta al final de la cual está la portería. La golpeo suavemente y pasa con limpieza entre las dos orillas de enfurecidos futbolistas. Pasa lentamente. Recuerdo que, de lenta que iba, podía ver cómo los polígonos negros dibujados en el cuero no quedaban borrados por el movimiento. Los dos grupos vivos se movían inquietos pero contenidos a ambos lados de la línea invisible que marcaba la pelota camino de su destino. Ninguno de sus miembros entraba en la dirección del balón para impedir su paso triunfal.

El mar Rojo se había abierto ante mis pies y el pueblo elegido tenía esa mañana forma de balón de reglamento. En la tierra prometida, limitada por dos postes de madera redonda, no había ni siquiera un portero porque, como es lógico, en un partido de cuarenta contra cuarenta no se necesitan porteros.

Después del gol no recuerdo nada de lo sucedido hasta unas horas después. Estoy echado en mi cama y mi pierna derecha se va durmiendo lentamente por el peso de la izquierda. Miro mi habitación como todas las tardes y los objetos están en calma. Pienso que lo estoy consiguiendo, si atardece definitivamente y llega la oscuridad y los objetos permanecen en sus sitios, lo habré conseguido. Y todo habrá sido por el gol de la mañana, el primero marcado en mis días como colegial de frustrada vocación balompédica. Los tonos rojizos se van apoderando de los paisajes del exterior y entran en la casa, soban la madera y la pared de la que cuelgan las favoritas láminas de mi padre.

TENGO UNA OBSESIÓN: Las tardes infantiles consistían en reclinar me sobre el amado diván de mi dormitorio, sobre uno de los sillones del salón o sobre la cama de mis padres y mirar los objetos. No tardaban muchos segundos en hacerse transparentes y cristalinos, convertirse en una colección de baratijas. Yo seguía tumbado y la saliva acudía nerviosa a mi lengua y al arco surcado de mi paladar. Me veía a mí mismo levantarme con mucha pausa y, uno a uno, ir cogiendo los objetos de la habitación y lanzarlos los unos contra los otros, como si todo el afán de aquella criatura de pocos años de edad fuese hacer regresar a una primigenia masa uniforme las miles de figuras que constituían la decoración del hogar paterno. Me levantaba del diván y los caballos de los estantes de madera, ya transparente y delicada, los mezclaba con un increíble sillón de cuero que se abría en añicos traslúcidos por el equino contacto, la lámpara dejaba sus tareas de iluminación y se hacía una y trina con la máquina de coser y con el piano de pared que nadie tocaba porque a mí la música se me atragantó a los siete años. La tarde acababa a la vez que mi excursión y el alquimista que se había desprendido de mi cuerpo regresaba al diván, de nuevo convertido en esponja y telas de colores, en material que es capaz de chocar y no agrietarse.

Esa última tarde me pareció, no sé por qué pero me pareció, que todo sería diferente, que la persona que me abandonaba y se dedicaba a romper cristales pasaría entre ellos a la manera moiseística que el cuero de la mañana (*ché, cómo definiste*) utilizó para cruzar un mar de aguas balompédicas, abierto a su diestra y su siniestra en un canal de piernas.

TENGO UNA PROFESIÓN. La de actor que ha de pasar todo el tiempo de las películas desnudo, con señoras igualmente desnudas retorciéndose delante de él, encima de él, a su costado, colocando sus cuerpos en unas extrañas posiciones y haciendo ruidos complacientes que

demuestran al espectador que el único motivo de esas incómodas torsiones y habilidades corporales es el placer. La decadente y uniforme imaginación de las personas que nos dirigen impone la unanimidad en las escenas finales. En una boca femenina con los labios mezclados de saliva y de sudor es necesario mezclar un tercer líquido, el seminal que, delante de las cámaras, es extraído de mi miembro sexual, ya para esas alturas de la grabación incapaz de oponerse a que los vaivenes en el interior de bocas ajenas consigan que aflore el mineral blanco y que rueda por unas mejillas que se relajan, como hace todo trabajador al final de su jornada. Los dedos pulgar e índice del director de la escena se unen entonces por sus falanges y forman una figura redonda, indicando que la toma ha sido buena.

TENGO UNA HISTORIA: Todos estos ingredientes conforman mi historia, que tiene que ver con los cristales y los dientes. La mayoría de edad me sirvió para que mis ojos se abrieran a la realidad: mis habilidades futbolísticas eran deficientes. Mi obsesión, que convertía el entorno doméstico en un paisaje transparente sobre el que mis manos actuaban, se hizo peligrosa desde el día que, en lugar de levantarse del diván o del sillón una persona idéntica a mí, pero más transparente, me levanté yo mismo, y en lugar de unificar el mobiliario familiar en un solo montón de cristales rotos, convertí estantes de madera verdadera, cuadros pintados sobre lienzos que no eran transparentes y máquinas absolutamente opacas e útiles en un montón de detritus que a la brigada de recogida de muebles estropeados le costó trabajo aceptar, de lo inservibles que estaban.

En uno de mis órganos y en sus dimensiones parecía estar mi futuro laboral. Entré en contacto con una productora. Me desnudaron y con las manos tapándose los labios, hombres y mujeres me miraron fijamente por el frente, por los costados y por la espalda, pero sobre todo por el frente. Me pidieron... Cómo decirlo. Me pidieron que si me era posible engrandecer el apéndice que llevaba entre las piernas. Lo hice y no hubo más preguntas antes de la firma de los acuerdos que me ligaban millonariamente a aquella empresa en exclusiva. Después de las primeras películas se acuñó un nombre artístico para mí, que estaba relacionado con algunos retruécanos basados en el sistema métrico decimal. En las presentaciones de las carátulas aparecían insistentemente las palabras «centímetros», «profundidad» o «gran martillo». Era capaz de rodar escenas de varias películas durante un solo día, así que mi nombre se engrandeció de la misma manera que lo hacía... Bien, no caigamos en escabrosidades. Digamos que alcancé la gloria cinematográfica sin tener que ponerme unos zapatos. Mis contratos engordaron, ya se sabe como qué, y la felicidad estaba presente en todas las fiestas que en mi honor se iban organizando. La de mi treinta cumpleaños fue deseada por todos los relacionados con nuestro mundo. Las chicas y los chicos salían de los gigantes pasteles conmemorativos, el champagne, francés y seco, rodaba por los escotes desnudos, la música y el éxtasis se paseaban por el inmenso estudio de nuestra productora. El señor director de todo aquello se subió al escenario y dijo unas palabras en otro idioma que silenciaron el ambiente. Las luces se fueron y un solo haz cayó sobre su frente. Siguió con su discurso extranjero y cada poco elevaba su brazo derecho hacia el lugar en el que yo estaba. Otro haz de luz, menos intenso, me iluminó. En ese momento el señor director debió pedir un aplauso para mí porque todas las manos allí reunidas hicieron ruidos de palmas batientes. Lo hicieron con fervor, con el fervor de actores que trabajan enfervorizados todos los días. Pero el señor director, de repente quedó convertido en una figura de cristal de casi ciento noventa centímetros de altura. Se movía, su mano se dirigía a mí, aplaudía. Pero todo ello convertido en cristal.

Llegaron las luces de ambiente y la música, pero no disiparon la transparencia del señor director. Más bien se expandió por la sala, no sabría decir si lo hizo a los mismos trescientos mil

kilómetros por segundo. Todos venían a que sus manos se unieran con las mías, pero el resultado era que mi mano izquierda -soy zurdo y saludo con la siniestra- se chocaba con una palma unida a cinco gusanos transparentes que habían perdido la opacidad de la carne.

Deseé que la fiesta fuera un sueño, pero no lo fue. Cuando pude sentarme, cuando la atención hacia mí se dispersó gracias a las viandas y al lacerante placer del champagne por las gargantas, mi instinto machacador de cristalerías empezó a funcionar de nuevo. Una persona leve salió de mi interior y se paseó por la sala cogiendo uno por uno todos aquellos cuerpos sobre su cabeza y lanzándolos entre sí. Curioso fue presenciar las risas que el frenesí cristalero producía entre los supervivientes. Al final no quedó ninguno y, según informes posteriores, me llevaron a mi casa en el beatífico y temporal estado de los que duermen etilizados.

En la grabación del día siguiente, a partir de las seis de la tarde para que llegásemos reposados, todos, conocidos y no tanto, me dieron palmadas cómplices en mi espalda. Nos desnudamos y el director chapurreó lo de siempre: a desnudarse y a disfrutar de lo que hacen. El número era entre un servidor y dos chicas rubias, una de ellas, la encargada de la extracción seminal, con el pelo recogido detrás de su cabeza para que la cámara tuviese en todo momento unos buenos planos de su boca. Todo fue bien, preparación, penetraciones delanteras, traseras, gestos y gemidos. Yo iba a decir que faltaba poco, que notaba que el semen rebuscaba ansioso el definitivo camino al exterior. En ese momento llegó de nuevo la transparencia. El estudio, los cámaras y regidores y las dos señoritas rubias se hicieron cristalinos. Y, esto es lo esencial y extraordinario, por primera vez yo también me hacía cristalino. Vi una chica, la del cabello recogido, que se arrodillaba y se introducía mi endurecido órgano en la boca. Un rígido estilete separaba los labios de la chica y se perdía dentro, muy dentro de su garganta. Aquella joven tenía esa habilidad y yo la estaba viendo por dentro, veía que una parte considerable de la erección se estaba produciendo dentro de su garganta, y veía cómo los vaivenes hacia adentro y hacia afuera movían el ansiado líquido blanco -la única excepción opaca- hacia arriba y hacia abajo. Y no es lo mismo imaginar que estar viendo la profundidad hasta la que su garganta me acogía. Tanta era que, si el resto de las personas que grababan insensiblemente la escena pudieran haber visto lo que yo, se hubieran alarmado. Yo debí haberlo hecho, pero los movimientos en vaivén del semen casi rebosante, me hechizaron. Mi riete se hundía en la fortaleza y por primera vez desde mi niñez, el cristal peleando contra el cristal no producía añicos. La boca que succionaba, la garganta que alojaba mis vergüenzas -ridícula definición por aquel entonces, a aquellas alturas-, todo era transparente. Y el triunfo blanco se acercaba a los bordes para derramarse y para que, una vez más, el ritual dejase filmados sus alocados saltos, su búsqueda salvaje de una parte del sudoroso cuerpo femenino en el que pegarse, la calma de las últimas gotas rastreadas por unos labios, ya menos veloces.

La primera acometida tomó desprevenida a la joven porque yo no la avisé. Vi, aseguro a quien quiera oírme que lo vi, cómo el líquido pasaba de un cristal a otro y daba un feroz salto dentro de su garganta. La chica, gran profesional, quiso que fuese la cámara y no su garganta la que inmortalizase el momento de la pegajosa deflagración.

Me hubiera gustado pensar, como siempre, en aquella pelota que tomó el camino despejado hacia una garganta en forma de red. También me hubiera gustado pensar en Moisés e imaginar a su pueblo como una eyaculación hacia la tierra de promisión que quedaba después del contacto entre el fango y el mar. Pero no pude hacerlo. El erotismo femenino de esa escena, con la tensión de su pelo aflojada en la zona de la nuca, quiso desprenderse del cristal masculino, de forma

enervante, y echó atrás su cabeza. Pero mis manos la sujetaron y la pegaron a mi pelvis. Ahí se acabó el vaivén y comenzó la inquietud. La chica intentaba zafarse pero la fuerza de mis manos parecía haberse acrecentado durante la conversión. La chica se ahogaba con una masa cárnica impidiendo el libre paso de oxígeno por su garganta y tomó una decisión que, gracias a que nuestro mundo de amantes provisionales era tan transparente, pude ver realizada. Apretó sus dientes y sesgó el motivo de su asfixia de un excelente mordisco. Al momento, otro líquido que las cámaras captaron igualmente y que, a la postre, sería el que inmortalizaría a la productora, manchó de tintes rojizos nuestro impecable momento. Con sus gestos rígidos por el asco y una vez apartada de mí, colocó su rostro hacia arriba y tiró briosa del elemento que obstruía el paso de oxígeno hasta que le quedó colgando y todavía sangrante entre sus triunfales dedos que, en ese momento, justo en ese momento, perdían su cualidad cristalina y se volvían nuevamente oscuros, cárnica.

He vuelto a casa de mis padres. El seguro cubría a todo riesgo mi órgano de la felicidad, mi extensible becerro de oro, y me garantiza, nos garantiza a los tres, unos años de calma monetaria. Pero siento que cada vez que estoy echado en el nuevo sillón de la sala de estar, sus cuerpos se mueven inquietos a la derecha y a la izquierda, temiendo que mis ojos transformen los lisos colores elegidos para tapizar los sillones con orejas en brillantes superficies ajenas al color.

TENGO UNA CONCLUSIÓN. Por desgracia, cuando a uno se le abre el mar debajo de sus pies, la superficie no es de tierra sino de limo fangoso y el camino se vuelve azaroso y lento.

El erial, año 2000

